

# El silencio de Dios

“Oh Dios, tú que estás en alguna parte en la obscuridad que nos rodea a todos, ten piedad de mí. Tú que eres amor, amor puro”.

(Persona, de Ingmar Bergman)

## en BERGMAN

EPIFANIO LABRADOR

Tal vez nadie como Bergman ha planteado en el mundo del cine el problema de Dios, la muerte, la libertad, la comunicación, el amor, el hombre. Por otra parte, no es fácil la interpretación de un autor que reviste características tan singulares: exquisita sensibilidad artística, mentalidad nórdica (muy distinta, por ende, de la nuestra), simbolismo extraño a nuestra cultura, profundidad psicológica, y hondo sentimiento religioso, acompañado de una angustia en la persecución de lo plenamente satisfactorio, de lo infinito. Bergman, además, se adentra en las incógnitas del hombre y de Dios y de sus mutuas relaciones, no como teólogo, sino como poeta y artista. Su obra no es teología, ¡es teo-estética! Es precisamente ésta la idea que guía a Arthur Gibson, el autor de *La fe del ateo*, en su acercamiento a Bergman para hacer, a través de un reciente libro (1), una interpretación del silencio de Dios en siete de sus filmes. La obra que citamos es un estudio sereno, sin prejuicios, sin pretensiones. Revela, por parte del ensayista, además de un sólido conocimiento de la teología, una intuición psicológica original (tal vez basada en la propia experiencia) del ateísmo moderno. El ateo que se refleja en las obras de Bergman no niega la existencia de Dios: “Su tema es, en realidad, el silencio de Dios, no simplemente el silencio que demuestra que no hay ningún Dios”. El ateo moderno (ése que nos presenta Bergman) dice llanamente: “No escucho, ni veo, ni siento, ni experimento de manera alguna a este Dios que muchos han impuesto a la experiencia como la estrella polar que guía sus sufrimientos y como consuelo y baluarte de sus desfallecientes esfuerzos” (op. cit., pg. 5).

El estudio de Gibson parte de *El séptimo sello* (1956) y termina en *Persona* (1965). El propio autor resume así sus impresiones, a medida que penetra en el examen de las obras bergmanianas: a) una ausencia inicial (de Dios) evoluciona en forma gradual hasta convertirse en una presencia (de Dios) perturbadora y aterrante; b) En realidad, la dinámica de los filmes —siete en total— empieza con el hombre y termina con Dios; c) En el curso de los mismos, no solo el hombre procede a través de una evolución dinámica, sino también Dios: desde una intransigencia inicial serena, hasta un compromiso final agonizante. Veamos ese proceso evolutivo a lo largo de las películas estudiadas.

- *El séptimo sello*: el hombre no tiene ningún contacto significativo con Dios.
- *Fresas salvajes*: el hombre carece de amor.
- *El mago*: debido a su carencia de amor, el hombre establece contactos con poderes ocultos.
- *A través de un vidrio oscuro*: el más oscuro de estos poderes surge del interior mismo del hombre y desemboca en una estéril tragedia narcisista.
- *Luz de invierno*: el hombre debe romper este círculo oscuro, y sólo lo puede hacer mediante una afirmación drástica de Dios.
- *El silencio*: esta afirmación, sin embargo, debe ser libre e implicar un compromiso total, sin esperar ninguna respuesta inmediata.
- *Persona*: por lo tanto, el hombre debe afirmar la auto-trascendencia en la dimensión aterradora del encuentro personal, o acallar en forma definitiva la voz de Dios (op. cit., pp. 131-132).

En *Persona* (la última película de la serie), Alma, la enfermera, en un brote de

rabia contenida, lanza agua hirviendo sobre el rostro de Elisabeth, la hermosa y muda actriz que representa a Dios. Ha acabado, en cierto modo, para siempre con toda posibilidad de que Elisabeth hable. Hablará, sin embargo, poco después, pero será sólo para ratificar “la proclamación de ateísmo hecha por su creatura”. La tragedia del ateo moderno está sin duda allí: en ese rechazo de Dios, después de haberlo descubierto como un Dios silencioso, pero activo, y que permanece callado precisamente por amor y para mejor respetar la libertad del hombre. Atinadamente comenta Gibson: “Dios llama a esa creatura (el hombre) en forma amable pero firme, y no le promete el confort de la satisfacción, sino la gloria de la transformación, junto con el drama continuo de la libertad creada. Cuando el hombre flaquea o rechaza esta invitación en todos los matices de sus implicaciones, el resultado sólo puede ser ese ateísmo que es a la vez un deicidio” (op. cit. pg. 142-143).

Pero la otra alternativa es la afirmación de la “auto-trascendencia”, a propósito de la cual observa Gibson, al final de su comentario sobre *Luz de invierno*: “La proclamación de la gloria de Dios amplía en forma inconmesurable el propio horizonte del hombre, lo cura para siempre de la pernicioso tendencia a exigir permanentemente explicaciones racionales satisfactorias que no se le pueden dar porque el hombre no es un círculo mecánico cerrado, sino una apertura continua hacia la trascendencia”. (Subrayado nuestro.)

El silencio de Dios (en el caso del rechazo) se ha convertido en un “reproche interior”. Dios ha desaparecido de la escena y el hombre se ha ido a gozar de su “ateísmo urbano”, pero Dios vuelve en busca del hombre: “...Suenan despertador, un niño se sienta en la cama, abre y cierra los ojos con una sensación de inseguridad, y empieza a dibujar sobre la pared de vidrio con sus dedos largos y ágiles. Bajo los movimientos certeros de esos dedos de niño empiezan a tomar forma y claridad los rasgos de su madre (Elisabeth) que se van materializando poco a poco sobre el vidrio” (op. cit. pg. 141).

De este modo finaliza *Persona*; de este modo también, sutil, artístico e impresionantemente bello, sugiere Bergman la trascendencia de todo ser humano ante la presencia de un Dios siempre silencioso, precisamente porque es Dios y porque ama.

(1) *El Silencio de Dios: una respuesta creativa a los filmes de Ingmar Bergman*, por Arthur Gibson, Ediciones Megápolis, Buenos Aires, 1973, 166 pp. (Traducción; María Teresa La Valle)